

ocupó á muchas generaciones, como sucedió en las largas luchas de los rusos en el Cáucaso, los clanes de hombres libres se unieron más estrechamente bajo el mando de algunos caudillos, uno de los cuales, Schamyl, ha desempeñado un papel importantísimo en la historia del Cáucaso. Desde las estepas de la frontera habían los begs turcos intervenido en son de conquista en la vida independiente de las aldeas repúblicas y reducido á la servidumbre á numerosas poblaciones de las montañas septentrionales que, al ser emancipados los siervos, quedaron reducidas á la miseria. Ya anteriormente se habían roto las relaciones de dependencia en que estuvieron respecto de las tribus montañosas de los cabardas, las tribus turcas nogayas, por ejemplo, como la de los karatchais. Los pueblos genuinamente montañeses han permanecido, aun después de sojuzgados, unidos dentro de una confederación de familias.

Pasó el tiempo en que las tribus caucásicas de la costa, á fuer de pueblos navegantes tenidos como piratas, aparecían en rápidas embarcaciones, motivando que se armaran grandes expediciones que salían para estorbarlos en sus depredadoras empresas; pues ya desde antiguo, como ahora, eran aficionados al merodeo y al comercio de esclavos. El montuoso territorio, que nunca ha sido muy productivo, exigía que sus habitantes se hubieran dedicado con preferencia al comercio, para el cual no servía la navegación indígena tanto como la extranjera. Los caucásicos siempre han necesitado sal y grano, que permutaban por madera de construcción, pieles, cera y miel y nunca rechazaron el comercio como sus vecinos los sármatas, de quienes dice Estrabón que ni siquiera sabían beneficiar el hierro y que por esta razón llevaban puntas de hueso en sus flechas y en sus lanzas.

CAPITULO II

EUROPEOS

«Europa es actualmente el continente más á propósito para el desenvolvimiento de pueblos con personalidad profundamente marcada.»

O. PESCHEL.

Pueblos de historia moderna.—Semitas.—Grecia y los fenicios.—Ural.—Altaicos.—Origen de los magiares.—Afinidades germánicas.—Arios.—Grado de cultura de los antiguos arios.—Griegos antiguos y modernos.—Etruscos.—Desarrollo de los romanos y románicos.—Españoles.—Franceses.—Rumanos.—Celtas, galos y belgas.—Germanos.—Godos, escandinavos, alemanes, ingleses.—Letoslavos.—Rusos.

Llegados al umbral del Asia anterior y de Europa, contemplamos pueblos que llamaríamos históricos, si no temiéramos hacer incurrir al lector en una mala interpretación, de la cual hemos huído sin cesar en todas las anteriores secciones.

La humanidad escribe su historia y por muy distintas que sean las partes de que se compone es indudable que cada pueblo tiene señalada en ella su tarea, no existiendo pueblo alguno que no haya tenido ocasión de tramar algunos hilos, siquier sutiles y modestos, en el gran tejido histórico. Pero hay una nueva historia relacionada con lo presente. Desde el límite del Asia Menor y de la antigua frontera europea en las estepas escitas, no nos son tan desconocidos los pueblos como los africanos, americanos, árticos, australianos y muchos de los asiáticos. Si no tienen afinidad de raza, la tienen de cultura, pues sus destinos históricos están tan íntimamente enlazados que conocemos una parte mayor ó menor de su pasado, cosa que no suce-

de con aquéllos. En otros términos, nos encontramos en el umbral de nuestra propia historia. La etnografía cede aquí su puesto á la historia.

Nuestra tarea consiste también en colocar á los europeos en el puesto que les corresponde en el cuadro de la humanidad que nos hemos propuesto trazar.

Europa está estrechamente unida con el Asia, y ya Herder reconoció la imposibilidad de escribir la historia siquiera de la Europa central sin tener siempre fija la vista en la del Asia interior. En cambio está separada de la América por el mar Atlántico y de Africa por el Mediterráneo. La unión etnográfica entre Asia y Europa es tan íntima como la geográfica. Efectúase por los semitas en el Mediterráneo, por los turcos en el Asia Menor y la península de los Balcanes, por los arios en el istmo cáucaso caspio, y por los altaicos del Ural por el territorio del Ural y del mar glacial. Cada uno de estos grupos tiene residencias propias en Asia y Europa, y probablemente el origen de los semitas y turcos es asiático.

En el Asia anterior occidental ya desde antiguo existe una familia de pueblos, que en su físico se parecen mucho á los hamitas, á los curdos, armenios y georgianos. Son los semitas. La Biblia y la historia egipcia hablan de las relaciones que hubo entre semitas y hamitas. Basta recordar el origen eritreo de los fenicios, la cultura del país de Canaán, base de la cultura babilónica, y las relaciones entre fenicios, hebreos, árabes y egipcios.

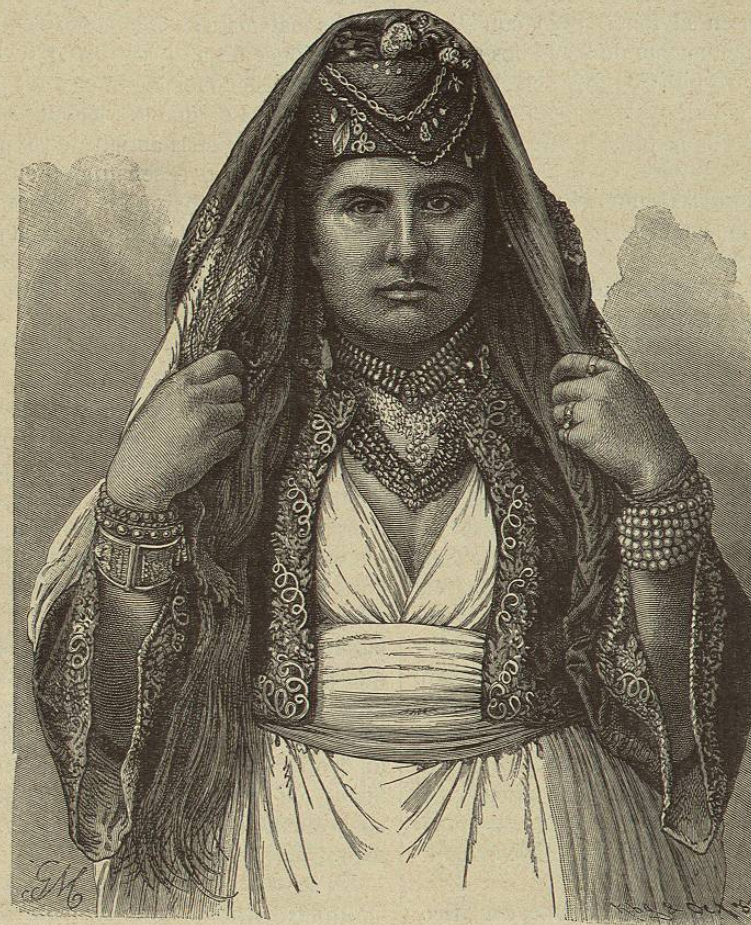
Dejando aparte el lenguaje, las diferencias entre ambos pueblos no son profundas. Uno de los hechos simbólicos de la historia es el de que el camino de caravanas más antiguo de que tenemos noticias, el que iba de Gerra en el golfo pérsico á Babilonia y Egipto y por el cual los colomitas y midianitas hacían el comercio de mirra, bálsamo y especias de Arabia y de la India, ponía en comunicación los territorios hamitas y los semitas. Cuando se dice que todos los hamitas, en cuanto aparecen como pueblos civilizados, se distinguían por una tendencia del espíritu altamente objetiva y formaban en los primeros tiempos Estados marcadamente centralizadores (pues la historia nos enseña que en los mismos fundamentos descansaban las monarquías de Babilonia, Nínive y Egipto), se mencionan más bien las consecuencias que las causas.

Los pueblos semitas fueron portadores de tres grandes cosas: la cultura caldea, el cristianismo y el islamismo. Los caldeos decían ser una colonia de egipcios y en realidad es indudable que su civilización ostenta grandes afinidades con la egipcia; ambas se tocaban muy de cerca, tanto que el culto de Baal se extendió desde Mesopotamia á una gran parte del Asia anterior. Todo cuanto sabemos acerca de los grandes movimientos políticos de Egipto hacia el exterior en los tiempos más antiguos, se reduce á las luchas con los pueblos del Asia anterior adoradores de Baal. Esta religión tenía su principal centro en Babilonia, pero Tiro era también otro centro y punto de irradiación del mismo en Occidente: en ella como en la religión egipcia aparecen muy marcados los elementos astronómicos y cosmogónicos, pero con Baal-Sol y Astarté-Luna y con la unión de uno y otra formando un sistema, ofreciéronse éstos más claramente que en la religión del Nilo, de un carácter más local á causa de las impresiones naturales predominantes. En todas partes la tierra es en primer término la sostenedora de las relaciones locales en las teogonías y mitologías y á ella se aferra con preferencia el espíritu popular dominado por las influencias locales, que no sabe apreciar la magnitud y la profundidad de los sistemas dogmáticos de los sacerdotes. Si los sacerdotes de Baal no podían pensar sin establecer

una relación con un ser supremo divino que invisible dirige los movimientos de los astros, el pueblo, en cambio necesitaba manjares más ordinarios, no siendo equivocada la opinión de los judíos que opinaban que el culto de Baal era el culto idólatra por excelencia. En el culto popular, Baal era el fuego á quien se sacrificaban víctimas por su poder terrible y destructor. Baal se nos presenta cual otro Moloc á quien sólo por medio del fuego podían acercarse los mortales. Y aun cuando en el fondo pudiera flotar la idea más pura de la purificación por el incendio, en realidad no hubo más sino que el culto de Moloc fué degene-

rando en una idolatría homicida que tenía á las almas encadenadas á la más tenebrosa esclavitud. Si bien en Astarté, forma primitiva del Afrodita, debía adorarse lo contrario al fuego devorador, al sol ardiente que abrasa, al verano seco, ó sea la fuerza que crea con la humedad, la suave luna, la primavera, el instinto de las masas se extravió entregándose á prácticas que rebajaron profundamente la naturaleza de la mujer y olvidando sobre la víctima que á los poderes naturales se inmolaba aquella moralidad sin la cual el culto no se relaciona para nada con la religión.

Parece fuera de toda duda que sólo el monoteísmo estaba



Muchacha siria de Damasco. (De una fotografía.)

llamado á dominar con el refinamiento de las doctrinas de los sacerdotes el rebajamiento del culto popular: de aquí la aparición, en la escena de la historia, de los judíos que habitaban cerca de Egipto, «cuna de las religiones.» Los judíos se educaron históricamente como un pueblo oprimido; no pudiendo apenas extenderse tierra adentro y no habiéndose establecido nunca con carácter permanente en el mar que es fuente de libertad y de riqueza, fueron siempre pobres y estuvieron siempre á merced de vecinos más poderosos. En tiempo de su mayor poderío y esplendor avanzaron hasta el mar y construyeron en el golfo de Akabah sus puertos que visitó Salomón en persona. La conquista de estos territorios por Tiglat Pilezar fué una de las principales causas de la decadencia de los judíos. Las calamidades de la ruina nacional trajeron consigo aquella epuración que hizo nacer «la idea de un Dios único, omnisciente, omnipotente y por completo espiritual, pero al propio tiempo parcial, colérico y severo en un pueblo en quien la servidumbre había extinguido el sentimiento de una sensibilidad pura y que, sin embargo, era inteligente,

orgullosa y rígida.» epuración que en el cristianismo contribuyó á la implantación de la civilización suprema. El destierro, al propio tiempo, hizo entrar en relaciones con el círculo de ideas de los caldeos y persas del mismo modo que antes de él sintieron muy probablemente la influencia de los semitas mesopotámicos. De Abraham se dice que procedía del país de los caldeos y Josué dice: «Al otro lado del río (Eufrates) vivían vuestros antepasados.» En Caldea coexistían ideas muy elevadas é ideas más bajas, pues la religión de los sacerdotes y la del pueblo estaban separadas por un verdadero abismo: también en Israel las enseñanzas de los profetas eran mucho mejores que las creencias y prácticas de las masas del pueblo. Ya en el Antiguo Testamento aparecen diferencias fundamentales en el modo de entender el concepto de la divinidad: los preceptos del Levítico relativos á los holocaustos contrastan profundamente con las palabras del salmista: «Tú no te regocijas con los sacrificios, de lo contrario yo te los ofrecería, pero tú no te regocijas con los holocaustos.» La idea más profunda, más noble y más sencilla de que un espíritu humil-

de era la mejor ofrenda que á Dios podía hacerse se apercibía á la victoria y el secreto de esta victoria decisiva estaba en la situación histórica de los judíos y en la aptitud semítica. Los rasgos fundamentales de la gran sencillez, del esfuerzo por reducir todos los cultos al monoteísmo, de la severidad ética, de la evitación de aquellos cuadros fantásticos, exuberantes y antropomórficos que erigieron en el Pantheon asiático, eran propios de los ismaelitas y de los israelitas. En el pueblo mismo tuvieron lugar varias transformaciones. La frase de Renán: «El judaísmo no es una raza sino una religión» trae á la memoria las influencias que se dejaron sentir sobre tan variables pueblos. En contacto con los griegos, arios, en el fondo pero con cierto tinte semita, que independientemente de los judíos realizaron un proceso de epuración espiritual propio en el sentido de la verdad, de la ciencia y de la belleza, desenvolvióse el cristianismo como un poder transformador de pueblos al que el etnógrafo atribuye la desaparición de algunos de los más graves errores de las antiguas culturas, tales como la condición de inferioridad de la mujer, la poligamia, la esclavitud y la división de castas.

Las importantes fundaciones de los fenicios en el Africa no fueron tan provechosas para la civilización como el contacto que tuvieron con los pueblos arios del Mediterráneo. Tucídides y otros antiguos autores dicen que los fenicios y carios fueron los primeros pobladores de las islas del Mediterráneo oriental. Minos de Creta pasa por haber sido el primer creador de una potencia marítima, soberano del Mediterráneo oriental y colonizador de las Cíclades. Creta, Chipre, Sicilia, Cerdeña eran centros de influencia y actividad fenicia. Los griegos no confesaron de buena gana su relación con el Oriente. En su carácter y en su originalidad rápidamente alcanzada había un rasgo orgulloso que les hacía estimarse á sí mismos demasiado para admitir que procedieran de los bárbaros á quienes despreciaban.

En realidad los elementos asiro-asiático menores aparecen en los detalles del estilo arquitectónico jónico y los egipcios en los del dórico: los hallazgos de Troya y de Micenas nos transportan á una época en que los griegos, como los asiáticos, adoraban los ídolos con cabeza de animal que más tarde se convierten en símbolos animales y en ligeras alusiones poéticas.

La diosa Hera de Homero, con ojos de vaca, en Micenas es una divinidad que lleva cabeza de vaca sobre un cuerpo humano. Además la sencillez de los bárbaros dominaba en la escultura hasta la época de Fidias, y con frecuencia se observaban restos y recuerdos de estos mismos bárbaros en el primitivo culto á los animales, en los sacrificios humanos y en ciertas ceremonias lascivas, prácticas y costumbres que los griegos fueron abandonando progresivamente. A los griegos son debidos los elementos de lo que se llama ciencia hace 2.000 años. La antigüedad admiraba á los caldeos por sus conocimientos astronómicos. De la veneración á los astros, á los que atribuían poderosa influencia sobre todos los vivientes, habían pasado á observarlos sistemáticamente. Las divisiones del tiempo y las medidas de los griegos son de origen caldeo. Pero sus trabajos pararon al fin en astrología, en virtud de la cual se hicieron esclavos de la superstición, cosa tanto más extraña cuanto que no faltaban en estas creencias los elementos científicos. Convencidos de que los destinos del hombre estaban sujetos á determinadas é invariables leyes que las estrellas denunciaban, consagraron todos sus esfuerzos á descifrar los fenómenos que anunciaban la proximidad de los sucesos impuestos por las influencias celestes; y como otros fenómenos, además de los que con los astros se rela-

cionaban, eran también por ellos considerados como necesarios, de aquí que hasta las circunstancias más insignificantes sólo pudieran ocurrir, en sentir de ellos, por virtud de las influencias que todo lo dominaban.

Los acontecimientos históricos y la suerte de los hombres eran relacionados con los fenómenos naturales de toda clase que tenían por presagios y así se creó un sistema formal con reglas fijas para investigar el porvenir, sistema que se practicaba con tanta consecuencia como la famosa astrología. El arte de la adivinación era, pues, hermano de este último arte tan universalmente generalizado. Maestros caldeos y egipcios enseñaron á los griegos los rudimentos de las matemáticas que, como ciencia deductiva, estuvo en condiciones de alcanzar un gran desarrollo en una época en que no se conocía aún el valor del método crítico y experimental. Los grandes geómetras, matemáticos y astrónomos griegos de la antigüedad dejaron sentir su influencia ó defendieron su enseñanza en el Asia Menor, en Egipto y en Sicilia y echaron los cimientos de una ciencia independiente de la religión y de la superstición que significa uno de los mayores progresos realizados en la historia de la humanidad. La historia nueva debiera propiamente comenzar en Pitágoras.

La semejanza del maltés con el italiano del Sud no excluye la mezcla semítica que aquél ha recibido en mayores proporciones. Como el español del Sud, también el italiano del Sud se ha cruzado con sangre semítica, y se han conservado algunas huellas del contacto en la lengua en Sicilia y Cerdeña. Malta es una colmena llena de seres activos, que fundan otras colmenas á su alrededor.

Demasiado pobres para poder alimentar constantemente á los descendientes de tan fecunda población, esas dos islas pueden enviar cada año un par de miles de hombres laboriosos á aquellas comarcas de las costas mediterráneas que si no carecen de habitantes, están faltas, por lo menos, de brazos creadores. Es esto un ejemplo interesante de la transplantación de determinados elementos étnicos desde un centro á varios puntos. Malta es simplemente una isla; Sicilia, en cambio, es un país relativamente grande que, con algunas interrupciones, ha permanecido un siglo en manos de semitas.

No se sabe si la Europa oriental y las zonas asiáticas limítrofes gozaban anteriormente de mejores condiciones en la vegetación. Por más que hayan sido probablemente cubiertos de bosques dilatados eriales, parece que las condiciones fueron siempre favorables al desarrollo de la vida nómada. Los escitas de la antigüedad son un grupo de poblaciones errantes; entre ellos los más conocidos son los saurómatas, que moraban al Oeste del Don hasta el Cáucaso. Entre ellos había tipos rubios, y se ha confirmado la opinión de Klaproth de que tenían afinidad con los osetas por la lengua.

Es casi seguro que en la época en que los griegos comerciaban con los países posteriores del Nordeste del mar Negro, había en el interior de Asia escitas que estaban separados de sus afines del Ponto por los ugrios del Ural oriental. Los pueblos que procedentes del Oeste llegaron á esos territorios encontraron masas compactas de turcos y mogoles en el Gobi en donde habitaban los arimaspes poseedores de caballos, en el Turquestán oriental donde vivían los agripeos de calva cabeza y entre Kuemlún y Kuku-Nor á donde habían sido empujados los isedones. La gran difusión de elementos iraníes en los idiomas finico ugrios indica que no debe estimarse en poco la influencia de los elementos arios de los escitas.

Si en las descripciones que los antiguos hacen de los es-

citadas hay muchas cosas que recuerdan á los turcos nómadas de nuestros días, reconocemos turcos puros en los pueblos hunos y avaros, de corta estatura, cabeza grande, ojos pequeños y escasa barba. Estos pueblos, que representan ejércitos en su conjunto, han desaparecido. La historia de las migraciones de los pueblos demuestra, en las analogías entre hunos, alanos y godos orientales, que en estos violentos movimientos se producían frecuentes contactos, por lo mismo que unos á otros se arrastraban en ellos. Es de notar también que los dos grupos de pueblos turcos, que han permanecido en la escena de la historia de Occidente, se apartan mucho de la raza y del modo de vivir de los verdaderos turcos del Asia central.

Estos grupos son los osmanlíes y los magiars. Bamberg dice de los primeros: «Así como en las obras clásicas turco-osmanlíes hay á lo sumo cuatro ó cinco palabras turcas, así también en el físico de los pueblos osmanlíes hay muy pocas ó ninguna huella de raza turánica.» Esas familias turcas, que se establecieron en el Asia Menor, se habrán fundido con los restos de los turcos seljúcidas que allí encontraron. Pero en comparación con los millones de osmanlíes que hablan turco hoy día en la Turquía europea y asiática, su número es insignificante. Bajo el nombre osmanlí se debe entender un pueblo mixto, formado por una parte de elementos del Asia Menor y por otra de elementos eslavos, armenios, griegos y árabes. En un país donde en cada casa pudiente hay algunos negros de ambos sexos, se puede suponer que haya entrado también el elemento etiópico. En el Asia Menor, cristianos y mahometanos, griegos y turcos no se distinguen sino por insignificantes detalles en el traje; por ejemplo, los griegos no usan turbantes verdes, pues les está prohibido. La parte considerable de Europa y del Asia occidental en que dominaron los turcos y la parte menor que han conservado estaban en el mismo caso. El turco y también el renegado era el señor, el privilegiado, el que disfrutaba; lo contrario sucedía á las otras razas. El turco es el elemento destructor. Según la tradición popular, erigió fortalezas para presidios en la cumbre de altísimos peñascos, arrojaba de allí á los inocentes prisioneros y robaba las vírgenes; era enérgico y orgulloso; poseía las cualidades necesarias para dominar, pero pocas para conservar.

Mientras sólo tuvo que atender á la defensa de su territorio, llevaba la ventaja de su educación y de sus aptitudes militares. Además, dueño de grandes propiedades inmuebles, miraba con desprecio á los detallistas de las ciudades mientras los labradores tenían que trabajar para él. Hay un hecho que caracteriza el orgullo de la raza dominante y es el de que el pueblo menos importuno del Asia Menor es el turco, y el que más peca de este vicio el armenio.

Los grandes privilegios de los dominadores eran: exención de impuestos, tribunal propio y preferencia en todos los casos. Si en una aldea griega del Asia Menor aparecía un turco asesinado, todos los notables de aquella ingresaban en la cárcel; en el caso contrario, á duras penas podía obtenerse justicia. El resultado de largas observaciones y conversaciones de Tozer en Siva fué el siguiente: los mahometanos se tienen por soberanos, y como tales, dejan sentir su peso sobre los cristianos, siendo esto lo mismo en la ciudad que en el campo. Se considera como cosa cierta que una súplica por parte de un individuo de la raza dominante equivale á un mandato.

Y á esto hay que agregar la corruptibilidad de los jueces cuya elección por el pueblo es pura fórmula, pues que en realidad son hechuras de las autoridades locales, las más de las veces tachables de crasa ignorancia. Una vez fué de bajá

á Amasia uno de los importantes personajes del imperio que no sabía leer ni escribir y que sólo al favor de la corte debió su elección. Allí donde entran en juego poblaciones que por ser mahometanas están al lado de los turcos, que no les exigen responsabilidad alguna por sus actos, como sucede con los curdos y cherqueses, la situación es doblemente grave.

En 1879 el mayor Trotte escribía en un informe dirigido al consulado desde la Armenia turca: «Es inútil entrar en detalles acerca de los infinitos medios de que se valen los beys para atormentar á los cristianos de sus aldeas: servicios pesadísimos, ilegales pretensiones de varias clases, lenguaje afrentoso y despreciativo, palizas á los varones, agravios vergonzosos á las mujeres. Claro está que en un país donde no hay leyes, donde los señores feudales tienen poder casi absoluto sobre un pueblo que aborrecen y desprecian á la vez, el estado de la raza sometida debe ser intolerable.» En las cercanías del Curdistán, los curdos nómadas se recogen durante el invierno en las aldeas armenias, y los cristianos deben alimentarlos así como á sus caballos sin recibir nada en cambio. Así se explica lo que Tozer, en su viaje por el llano, notó con sorpresa, á saber, que las aldeas estaban provistas abundantemente de heno, trigo y combustible, á pesar de que los habitantes iban miserablemente vestidos y los niños casi desnudos. Tal es el estado del imperio turco, el último de los Estados fundados por los nómadas asiáticos que ha conservado casi íntegro el carácter de Estado de conquista. En el lento, pero á lo que parece incesantemente progresivo proceso de la decadencia no hay, desde hace mucho tiempo, términos hábiles para que ese carácter fundamental se modifique, de suerte que el imperio se arruina por la acción de los mismos medios que fueron causa de su creación.

Otras condiciones enteramente distintas se han desarrollado en el territorio del Theiss, Scamosch y Marosch, donde los magiars residen hace mil años. Ora dominadores, ora sometidos, estos pueblos se cruzaron con elementos extranjeros, especialmente alemanes, eslavos y rumanos. Sus rasgos característicos son color amarillento, cabello muy negro, mejillas anchas. La lengua de los magiars es también una mezcla y tiene por base el finlandés. Los ugrios del Sud y del Este de Europa pertenecen al tipo mogol.

Los wogules, los wotiacos (véase el grabado de la página 459) y los metcheriacos son individuos de oscura cabellera, amarillenta piel, ancho rostro y constitución atlética: su afinidad de raza con los mogoles está fuera de toda duda, pudiendo decirse lo propio de los tepteres, á quienes Ujfalvy considera mestizos de tártaros y baskirios. Análogo carácter de raza debemos atribuir á los «tártaros de Siberia» y no con caracteres distintos aparecen en la historia los magiars.

Todos estos pueblos moran en el territorio del Volga y del Ural y en la orilla Norte de los mares Negro y Caspio. La cuestión todavía dudosa de si los hunos, avaros y magiars son de origen turco, ó si el de estos últimos es ugrío con mezcla turca, probablemente no quedará nunca resuelta. Lo mismo puede decirse de la patria originaria de los magiars, aunque no sea aventurado suponerla al Norte del Cáucaso y en la costa Nordeste del Mar Negro.

Un lago salado situado en las fuentes del Manyisch se denomina «Lago Madchario.»

Un gran grupo de tumbos del tiempo mahometano, situado cerca de Cuma, lleva el nombre de Bolchye-Madchary, y los cherqueses dan el de Casas Madchares á algunas ruinas de edificios de ladrillo que se encuentran en Chindchik.